

SEGUNDA PARTE DE LA MISA (Parte sacrificial)

LA "MISA DE LOS FIELES" O EL SACRIFICIO PROPIAMENTE DICHO

La primera parte de la Misa, con sus cantos, sus actos de contrición, sus instrucciones, sus himnos de alabanza, etc., ha preparado las inteligencias y los corazones de los fieles para la Misa de los Fieles, que es la celebración del Sacrificio propiamente dicho:

A la perfección del Sacrificio concurren tres cosas:

- a) la bendición o separación de la materia (que se efectúa en el Ofertorio);
- b) la oblación de la Víctima (que se realiza en la Consagración), y
- c) la participación del Sacrificio (que tiene lugar en la Comunión).

De aquí la triple división de esta segunda parte de la Misa, división que nace del mismo relato evangélico de la Cena y que estudiaremos aquí en tres artículos.

Dícese allí que Jesucristo la víspera de su Pasión (he aquí mencionado el Sacrificio de la Misa, que es el mismo del Calvario), tomó pan en sus santas y venerables manos (he aquí la bendición o separación de la materia)... y dio gracias a Dios, lo bendijo (he aquí la oblación de la Víctima), lo partió y lo dio a sus discípulos (he aquí la comunión o participación). En torno a este breve relato del Evangelio se ha ido formando la liturgia de la Misa,¹ que vamos ahora a estudiar.

Conviene volver a insistir, que, el Sacrificio que ahora se va a empezar a ofrecer sobre el altar, nos es común a todos; que es el sacrificio de todo el Cuerpo místico de Jesucristo, en su triple estado: militante, purgante y triunfante; y que todos lo ofrecemos a Dios en unión con el Sacerdote, en virtud de un cierto poder sacerdotal que se nos confirió con el Bautismo. De-donde resulta, que los fieles, en la Misa, son oferentes y ofrendas a un mismo tiempo: ofrecen a Dios el Sacrificio de Cristo, y se ofrecen con Cristo; de modo que es el Sacrificio de Cristo y de todos.

LA BENDICIÓN O SEPARACIÓN DE LA MATERIA, O SEA, EL "OFERTORIO"



Esta primera división abarca desde el Ofertorio hasta el Prefacio.

En realidad, el Ofertorio es, con respecto a toda la Misa, un sacrificio preparatorio y secundario, cuyo objeto es separar o retirar la materia (el pan y el vino) del uso ordinario y vulgar, para ponerla al servicio especial de Dios.

La manera de participar los fieles en este sacrificio preparatorio, será despegándose de las cosas y afectos de la tierra, para dedicarse, siquiera durante el Santo Sacrificio, totalmente a Dios.

1. Un vacío misterioso. Terminado el "Evangelio" (o el "Credo" cuando lo hay), el celebrante vuélvase de cara al pueblo, para saludarlo con el consabido *Dóminus vobiscum*, y en seguida de recibir la respuesta, añade: *Oremus*, como quien empieza una oración pública, pero se calla en seco, y en cambio reza la antífona del "Ofertorio". ¿Cómo se explica este silencio brusco? ¿Cómo se ha producido este vacío?

Los liturgistas dan tres explicaciones hipotéticas: Creen unos (y es la explicación que prefiere la mayoría de los liturgistas, con Duchesne), que en la Misa primitiva venía aquí la oración llamada de los fieles, que era una especie de letanía cantada por un diácono o por el mismo celebrante y respondida por los asistentes, y de la cual han quedado,

como único rastro en el Misal, las oraciones por la Iglesia, por el Papa, por los caminantes, etcétera, de la Misa de Presantificados del Viernes Santo.

Otros, como Dom Cabrol, creen que se trata de una breve oración o colecta llamada "super síndonem" (sobre el "mantel" o el corporal) que ha desaparecido del rito romano; pero que conserva todavía el milanés., Y algún otro, finalmente, cree que no existe en realidad el tal vacío, sino sólo una breve interrupción de las preces del Ofertorio, a las cuales ha de referirse la invitación a orar: Oremus, que hace el celebrante. A nosotros se nos ocurre que el "Oremus" podría referirse, sencillamente" a la oración "Secreta", la cual, en la primitiva liturgia, venía inmediatamente después de esta invitación a orar y del Ofertorio, pues las oraciones ahora interpuestas se añadieron mucho después.

2. El Ofertorio. Llámase "Ofertorio" al texto que reza el celebrante y canta el Coro, a continuación de la invitación "Oremus", sin respuesta, de que acabamos de hablar. Este texto es hoy un versículo de la Biblia, paralelo al del introito, al del gradual y al de la comunión. Antiguamente, en cambio, era todo un salmo o por lo menos varios versículos de salmo, cantado por un solista, y una antifona repetida por el pueblo a modo de estribillo, mientras se realizaba el rito de la oblación. El actual "Ofertorio" de las misas de Difuntos, con su versículo y estribillo, es el único modelo de los antiguos conservado en el Misal.

En silencio, al principio, y desde el siglo V cantando esta pieza, acercábanse el clero y los fieles al presbiterio, para ofrecer (de ahí la palabra "Ofertorio") cada cual una porción de pan y de vino para el Sacrificio y juntamente con otros presentes, en especie o en dinero, para los pobres, las viudas, el clero, el culto y otras necesidades de la Iglesia. Acercábanse todos en ordenada procesión: precedían los hombres, seguían las mujeres, y al fin venía el clero: ministros inferiores; sacerdotes, obispos y hasta el Papa. El clero ofrecía pan solamente. Los panes eran generalmente redondos y estaban marcados con la señal de la cruz, por lo que solía llamárseles "coronas". Para la Consagración se usaba el pan ofrecido por el clero y el vino del pueblo. Parte de los panes no consagrados era bendecida y repartida por el sacerdote o por el diácono, después de la Comunión, entre los no comulgantes, como prenda de unión espiritual. Era lo que llamaban eulogias.

Esta hermosa costumbre de ofrecer los fieles el pan y el vino para el Sacrificio, duró hasta el siglo XI. Desapareciendo al disminuir sensiblemente el número de los comulgantes y al empezar las iglesias a tener sus rentas y a vivir por sí mismas.

Recuerdos de estas ofrendas voluntarias son hoy las que hacen los obispos (dos panes, dos barrilitos de vino y dos cirios) en su Consagración; los sacerdotes (un cirio) en su Ordenación, y, en algunas partes, los niños de primera Comunión (un cirio); y asimismo lo son las que hacen, en algunas regiones, en las misas de difuntos, los deudos interesados y, en ciertas fiestas principales, los ayuntamientos. De ahí han nacido también las colectas eclesiásticas, y sobre todo las limosnas por las misas o "estipendios".

3. Ofrecimiento de la Hostia y del Cáliz. En el ritual actual, el pan del Sacrificio es llevado al altar, en las misas rezadas, por el mismo celebrante, y en las cantadas le es presentado, lo mismo que el vino, por el diácono y él subdiácono. El ofrecimiento de la Hostia se hace en la patena, el del vino en el Cáliz, levantando ambos con las dos manos y dirigiéndolos hacia el Crucifijo.

La Hostia es, simplemente, una fina masa de harina de trigo, pasada por dos planchas de hierro rugiente y cortada en forma redonda. Al ofrecérsela a Dios, dice el sacerdote que lo hace "por sus innumerables pecados, ofensas y negligencias, y por todos los presentes a la Misa, así como por todos los fieles, vivos y difuntos; para que a él y a todos nos sea provechosa para la salvación y para la vida eterna". No puede expresarse mejor la universalidad del Sacrificio y su trascendencia para la salvación. Al terminar la oración, hace con la patena la señal de la cruz sobre el corporal, para significar que la víctima de la Misa será la misma del Calvario, y deposita en él la Hostia. La patena, en las misas rezadas, la coloca bajo el corporal para que no le estorbe, y en las cantadas la entrega, para guardarla, al subdiácono, quien la oculta hasta el fin del Pater noster bajo el velo humeral.

Antiguamente la patena estaba siempre sobre el altar, al alcance y vista del celebrante, ya que en ella se depositaban los panes ofrecidos, en ella se efectuaba la "fracción" y con ella se distribuía la Comunión; pero cuando, más tarde, se reemplazaron los panes por las hostias y éstas se depositaron sobre el corporal, el uso de la patena quedó reducido al Ofertorio y a la Comunión. En vista de ello, y para dejar libre la mesa del altar (pues las patenas eran de gran tamaño), se la dio a guardar a un acólito, y -como él no podía tocar los vasos sagrados, se le puso en el hombro una banda de seda, con la cual la cubría y a la vez aligeraba su peso. Andando el tiempo, con el fin de reducir el personal del altar y de darle al subdiácono una ocupación entre el Ofertorio y la Comunión, confiósele a él la custodia de la patena, en la forma actual. He aquí el origen de un rito que muchos no se saben explicar (1).

Antes de ofrecer el Cáliz, el diácono deposita en él un poco de vino puro y el subdiácono unas gotas de agua, que el celebrante, a petición suya, bendice. No consta en ninguno de los evangelios ni en San Pablo que Jesucristo hiciese esta

mezcla en la Cena, pero sí lo afirma una tradición casi contemporánea de Jesucristo, y la Iglesia hizo -de ese rito, desde el principio, una ley formal.

La tradición que atribuye la mezcla del agua y del vino al mismo Jesucristo, se apoya en que tal era la práctica de los judíos en sus banquetes cotidianos.

En esta mezcla vio en seguida la Iglesia un memorial del agua y de la sangre que brotó del costado abierto de Jesús, y, también una representación simbólica de la unión, en la persona del Verbo, de la naturaleza divina (el vino) con la humana (el agua); y más aún un símbolo de la unión mística e inseparable entre Cristo (el vino) y los fieles (el agua). Esta última interpretación ha adoptado y, expresado la Iglesia en la oración que reza el sacerdote mientras hace la mezcla, en que pide a Dios nos haga por ella participantes de la divinidad de Jesucristo, ya que Él participó de nuestra humanidad. ¡Cómo se pierde la pequeñez de nuestra humanidad en la inmensidad de la divinidad! Todos los hombres juntos somos para Dios menos que una gota de agua para el mar. ¡Y por una participación nuestra tan mínima en el Sacrificio eucarístico, otórganos Dios bienes incalculables!

4. Ofrecimiento de los fieles. Ofrecidos el pan y el vino, el celebrante, profundamente inclinado sobre el altar, se ofrece a sí y nos ofrece a todos a Dios, en unión con Jesucristo, con palabras que expresan bien la concelebración del sacerdote y de los fieles.

Este triple ofrecimiento: el del pan, el del vino y el de los fieles, es sellado con una breve invocación al Espíritu Santo, como confiando a su poder santificador toda la acción del Sacrificio. Esta invocación, a su vez, es sellada con la señal de la cruz, trazada sobre las ofrendas en forma de bendición.

No hay que confundir ni dar excesivo alcance a esta concelebración de los fieles con el sacerdote. El sacerdote o, mejor, Cristo por él, es el que ofrece y el que consagra y realiza la inmolación, no los fieles; si bien éstos, en virtud de su sacerdocio participado como miembros del Cuerpo místico de Cristo, Sumo Sacerdote, ofrecen con el ministro sagrado la Víctima inmolada, que también les pertenece. "El pueblo -cómo escribe Pío XII- no representa en la Misa en manera alguna a la persona del Divino Redentor, y no siendo mediador entre él mismo y Dios, no puede en modo alguno gozar de poderes sacerdotales. Todo esto, en verdad, consta de fe cierta; pero también hay que afirmar que también los fieles ofrecen a la Víctima, divina, aunque bajo un aspecto distinto" (2).

El Papa explica las varias formas extrínsecas que tienen los fieles de participar en el Sacrificio, o sea: alternando con el celebrante en las plegarias; ofreciendo el pan y el vino que han de ser consagrados, y haciendo limosnas o entregando el estipendio para que el sacerdote ofrezca por ellos la Víctima divina. Pero todavía participan los fieles en la ofrenda eucarística de otra manera más efectiva y profunda, o sea: ofreciendo el Sacrificio "no sólo por las manos del sacerdote, sino también, en cierto modo, conjuntamente con él y haciendo que su oblación pertenezca también al culto litúrgico, en cuanto que une sus votos de alabanza, de impetración y de expiación, así como su acción de gracias, en concordancia con los del sacerdote y del mismo Sumo Sacerdote, a fin de que sean presentados a Dios con la misma oblación de la Víctima y con el rito externo del sacerdote" (3).

5. La segunda incensación y el "lavabo". Ofrecidas y dispuestas las ofrendas sobre el altar, el celebrante procede a una solemne incensación del Cáliz y la Hostia, trazando sobre ellos con el turíbulo tres cruces y tres círculos, y de todo el altar. Después el diácono incienso al celebrante y al clero, y el turiferario al pueblo.

Esta segunda incensación general inicia la "Misa de los Fieles", como la primera inició la de los "Catecúmenos". Ésta es más solemne y general que aquélla. La liturgia oriental la usó desde el principio; la romana, en cambio, la fue introduciendo, gradualmente y por partes, del siglo IX al XI. Primero introdujo la incensación del altar, en la misma forma que al "Introito"; después, la del celebrante, la del clero y la del pueblo, y, finalmente, en el siglo XI, la de las ofrendas, tal como hoy se practica. "La incensación del altar es una oblación simbólica de las oraciones de la Iglesia, un recuerdo del Ángel del Apocalipsis ofreciendo sobre el altar del Cielo y con áureo incensario las oraciones de los Santos. La incensación del obispo (o celebrante), del clero y del pueblo, es el símbolo de su participación en la susodicha oblación, en el sentido de que esta oblación es una bendición, una eulogia que se les distribuye al incensarlos" (4).

A la preparación y ofrecimiento de la materia del Sacrificio y a las incensaciones a que acabamos de referirnos, síguese el lavatorio de las manos del celebrante, acompañado, desde el siglo X, del rezo de varios versículos del salmo 25, cuya primera palabra, "lavabo", ha dado el nombre a este rito.

Esta purificación de los dedos y manos del celebrante era sobre todo necesaria, antiguamente, cuando tenía que recibir y tocar las ofrendas de los fieles. Luego se hizo nuevamente necesaria por razón de la incensación. Hoy, en realidad, sólo lo sería en las misas solemnes, en que se maneja el incensario; pero la Liturgia la ha conservado para todas las misas, así por espíritu de conservadorismo, como porque es una exhortación a la purificación interior del celebrante y de los fieles.

En la Misa pontifical se han conservado tres purificaciones de las manos: una en seguida de rezar el Ofertorio, y es

recuerdo de la que hacía antiguamente después de imponer las manos a los catecúmenos y penitentes, para despedirlos; otra, después de recibir las ofrendas y de incensarlas, que es de la que aquí tratamos; y la tercera al final de la Misa, como complemento de las abluciones.

6. últimas oraciones del Ofertorio. El celebrante, inclinado sobre el altar, reza la oración Súscipe, Sancta Trínitas, que reúne todos los ruegos precedentes y resume toda la doctrina del sacrificio. Efectivamente, esta oración señala el término a quien se ofrece este Sacrificio (la Santísima Trinidad); su naturaleza (ser memorial de la Pasión, Resurrección y Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo); los participantes del Sacrificio: primeramente la Santísima Virgen y todos los Santos (para aumento de su gloria y de su honra), y en segundo lugar todos nosotros (para nuestra salvación). Se menciona nominalmente a la Santísima Virgen, a San Juan Bautista y a los Apóstoles Pedro y Pablo, y antiguamente añádanse aquí los nombres de los "díptycos" o "mementos" de vivos y de difuntos, que ahora se hallan en el Canon.

Terminada esa oración, el celebrante besa el altar y, vuelto de cara al pueblo; en vez de saludarlo con la fórmula litúrgica, como otras veces, lo invita a orar, diciendo en voz alta: Oráte, fratres, y él continúa, en secreto y vuelto ya hacia el altar, el texto restante en que se expresa el objeto de esa oración. El subdiácono, en las misas solemnes y el monaguillo, en las rezadas, le contestan cortésmente solidarizándose una vez más con él y reafirmando la concelebración de toda la asamblea.

Después del movimiento, y hasta distracción de los sentidos, que supone y sobre todo suponía, antiguamente, la presentación de las ofrendas, la incensación, etcétera, el "Orate fratres" es una invitación a un mayor recogimiento y atención al acto esencial de la Misa, que se acerca por momentos. Primitivamente sólo decía el celebrante esas primeras palabras, pero en el siglo IX se añadieron las demás, que explican el objeto de esa oración, a saber: conseguir que el Sacrificio común (meum et vestrum) sea agradable a Dios.

A esta invitación del celebrante, el pueblo respondía, antiguamente, de diferentes maneras; pero la liturgia romana adoptó en el siglo XIII la fórmula actual, que enuncia y resume los fines de la Misa, a saber: la gloria de Dios y la utilidad de cada uno de nosotros y de toda la Iglesia.

7. La oración "Secreta". La oración llamada "Secreta" es la que cierra, como broche de oro, el "Ofertorio". Responde, en el estilo y en el número, a la "Colecta" del principio de la Misa, y son unas y otras de la misma época. La "Secreta" se refiere siempre a las ofrendas que están presentes en el altar, por lo que en los misales antiguos se la llama oración "super oblata", es decir, "sobre las ofrendas". -En ella el celebrante le pide" a Dios que reciba esas ofrendas y el sacrificio *, de nuestras oraciones y buenos deseos, y que, en cambio, nos conceda una gracia o una bendición especial sugerida por el espíritu de la fiesta o misterio que se celebra. Este es el tema general de todas las "Secretas", aunque los términos varíen siempre.

Es corriente entre los liturgistas decir que esta oración se llama "Secreta" porque se reza en secreto; pero no parece que sea ésta la interpretación verdadera, ya que hubo tiempo en que se dijo en voz alta, como continuación natural de la invitación "Oremos" con que principia el Ofertorio. La palabra latina "secretata" nace del verbo *secernere*, que significa "separar", y seguramente se le dio ese nombre a esta oración porque se la rezaba luego de haber separado a los catecúmenos de los fieles, despidiéndolos al fin de su Misa; o también, porque se rezaba a continuación de haber separado o retirado las ofrendas de pan y vino del uso ordinario y dedicándoselas a Dios, que es lo que se efectúa en el Ofertorio.

Literaria y doctrinalmente, las "Secretas", lo mismo que las "Colectas", son modelo de oraciones. Como se ha dicho, en la "Secreta" hay dos partes: en la primera se presentan a Dios las ofrendas, y en la segunda se le pide en retorno alguna gracia. Sirva de ejemplo la siguiente del IV Domingo de Adviento: *"Te pedimos, Señor, que aceptes favorablemente estas ofrendas (1ª parte), a fin de que sirvan para aumentar nuestra devoción y alcanzarnos la salvación eterna" (2ª parte).*

Antiguamente, en las iglesias cuyo altar estaba debajo de un cimborrio o baldaquino, al llegar a este momento de la Misa corríanse unas cortinas, con las cuales se ocultaban el altar y el celebrante durante todo el Canon. Con esto queríase rodear de mayor misterio y respeto el acto principal de la Misa e imitar, en cierto modo, a Moisés conversando con el Señor a través de una nube. De esta costumbre sólo queda hoy en la liturgia latina el silencio que se observa en el rezo de todo el Canon. En las iglesias orientales desempeña este papel la *"iconástasis"*, o especie de mampara divisoria entre la nave del templo y el altar.

NOTAS:

- (1) Algún liturgista, como Batiffol, apunta la posibilidad de que lo que guardaba el subdiácono en este momento fuese el "ferméntum", no la patena.
- (2) Enc. "Mediator Dei", 3ª parte, II, a). 3 Id., id.
- (3) Id., id.
- (4) Batiffol: Leçons sur la Messe, p. 156

www.statveritas.com.ar